

Justicia y paz en el catolicismo estadounidense

OTTO MADURO

A mis ex-alumnos de Notre Dame y de Maryknoll

El año pasado, trabajando de profesor invitado en la Universidad de Notre Dame (Indiana, E.U.A.), asistí allí a sendas conferencias de los monseñores Raymond Hunthausen, Arzobispo de Seattle (Washington), y Leroy Mathiesen, Obispo de Amarillo (Texas). El primero pedía a los católicos de los E.U.A. que considerasen la posibilidad de protestar la carrera armamentista reteniendo la mitad de sus impuestos. El último había pedido a los trabajadores de una fábrica de bombas de neutrones, situada en su diócesis, que abandonar sus puestos de trabajo por razones análogas. Nunca imaginé que esto fuera posible en los Estados Unidos... menos aún que tales hechos culminasen en una carta pastoral de los obispos estadounidenses como la del 4 de Mayo, aprobada por 238 obispos a favor y sólo 9 en contra, condenando las armas nucleares.

1. EL DERECHO A LA VIDA EN UNA ÓPTICA POSTCONCILIAR

En realidad, muchos cambios han ocurrido en la Iglesia Católica de los E.U.A. después del Concilio Ecu­menico Vaticano II.

Uno de los cambios más profundos e importantes ocurre en torno a la defensa de la vida, y alrededor de la relación entre vida, justicia y paz.

Recordemos —como lo señalé en el artículo del mes pasado— que la orientación predominante en el catolicismo estadounidense, durante los años de este siglo anteriores al Concilio, fue la americanización: la adaptación a ultranza al modo de vida estadounidense.

En esta perspectiva, la justicia no era mucho más que la impartida por el poder judicial de los E.U.A. La paz era casi sinónimo de orden público en el país y predominio estadounidense en las relaciones exteriores. La vida a defender se reducía, a menudo, a la de los niños aún no nacidos.

Los conflictos entre el catolicismo y los poderes estadounidenses parecían cosa del pasado ... de un pasado amargo que nadie parecía querer recordar. Hasta el Ku-Klux-Klan, anticatólico de nacimiento, comenzó a aceptar blancos ca-

tólicos racistas.

El clímax de tal proceso de americanización del catolicismo se alcanzó, probablemente, con Kennedy, el único presidente católico de los E.U.A. Pero su asesinato (con la aparente implicación de sectores derechistas, incluso gubernamentales), —junto a la conclusión del Vaticano II (pero también la revolución negra del 67-68, la rebelión estudiantil del 68, la creciente oposición a la guerra de Vietnam, Watergate, etc.), comenzaron a marcar el cierre de una época de unanimidad sumisa y de americanismo ingenuo en el catolicismo "gringo".

A partir de entonces, y cada vez más, el catolicismo de los E.U.A. desarrolla una percepción radicalmente distinta (radicalmente evangélica, pienso) de la cuestión de la paz y de la justicia. Justicia y paz comienzan a ser captadas —crecientemente— desde el punto de vista del derecho a la vida. Y viceversa.

Se trata de proteger la vida de los por nacer y de los ya nacidos —incluidos jóvenes, adultos y ancianos, mujeres y hombres— luchando contra la injusticia (que mata de hambre, de frío, de abandono, etc.), y contra la fabricación, distribución y uso de armas de guerra (que matan con pólvora, ácidos o radiaciones).

2. LA JUSTICIA, NUEVO NOMBRE DE LA PAZ

Si uno abre las páginas de periódicos católicos de los E.U.A., como el *National Catholic Reporter*, el *Catholic Worker*, *Commonweal* o *America*, sufrirá un impacto muy peculiar. Además de los artículos, los anuncios: pareciera que todos los meses (o todas las semanas), en todas las diócesis, parroquias, escuelas, universidades, seminarios, conventos, monasterios y otras instituciones católicas de los E.U.A., hubiese cursos (y cursillos, charlas, congresos, foros, etc.) sobre justicia social e injusticia social, sobre cómo lograr la justicia y erradicar la injusticia.

Además, si uno visita las principales editoriales y librerías católicas de los E.U.A., se lleva una impresión semejan-

te. Pareciera que el tema "de moda" (en la teología, la pastoral, la catequesis, la liturgia, la espiritualidad) fuese el de la justicia. Uno de los títulos que más me llamó la atención en tal sentido fue el del libro de una pareja de católicos estadounidenses, Kathleen y James McGinnis, *Parenting for Peace and Justice* (Edu­cando a los hijos para la paz y la justicia: Maryknoll, Orbis Books, 1981). Un libro cuyo contenido —como su título— denota una preocupación por el asunto que va más allá de una simple "moda".

Me parece que, de hecho, un número creciente de católicos de los E.U.A. —laicos y clérigos, mujeres y hombres por igual— se está tomando cada vez más en serio la consigna papal de que "la justicia es el nuevo nombre de la paz". Una consigna cuyos riesgos asume cada vez más la conciencia católica estadounidense.

Es significativo, por ejemplo, que los jóvenes católicos que reflexionan acerca de su vocación religiosa preguntan cada vez con mayor insistencia cuáles son los riesgos de morir en la lucha por la justicia. En efecto, ya varios religiosos, religiosas, sacerdotes y misioneros laicos católicos de los E.U.A. han encontrado la muerte en la lucha por la justicia en el "tercer mundo" ... y otros han hallado la cárcel, el desempleo y la represión en la lucha por la justicia (en los propios Estados Unidos!).

Particularmente bajo el gobierno de Reagan, varias cosas se hacen cada día más obvias para la grey católica de los E.U.A.: 1) Las relaciones económicas que los E.U.A. mantienen con las naciones pobres de la tierra son relaciones de injusticia flagrante y en aumento; 2) La injusticia imperante en gran parte de los países del planeta es mantenida gracias al apoyo económico, político, militar y cultural estadounidense; y 3) La situación de los trabajadores estadounidenses —y aún más la de los trabajadores inmigrantes en los E.U.A.— es de injusticia creciente.

Reagan ha resentido esta concientización de los católicos —el 23 por

ciento de la población de los E.U.A.— e intenta torpemente, cada tanto, ablandar la opinión católica (como con la oferta de bajar los impuestos a los colegios religiosos) o atemorizarla (con el viejo fantasma de la victoria militar soviética). ¿Su objetivo? El mismo de toda la derecha estadounidense: detener el proceso que vive hoy el catolicismo 'made in USA' y hacerlo regresar al americanismo ingenuo y fanático de los años 50.

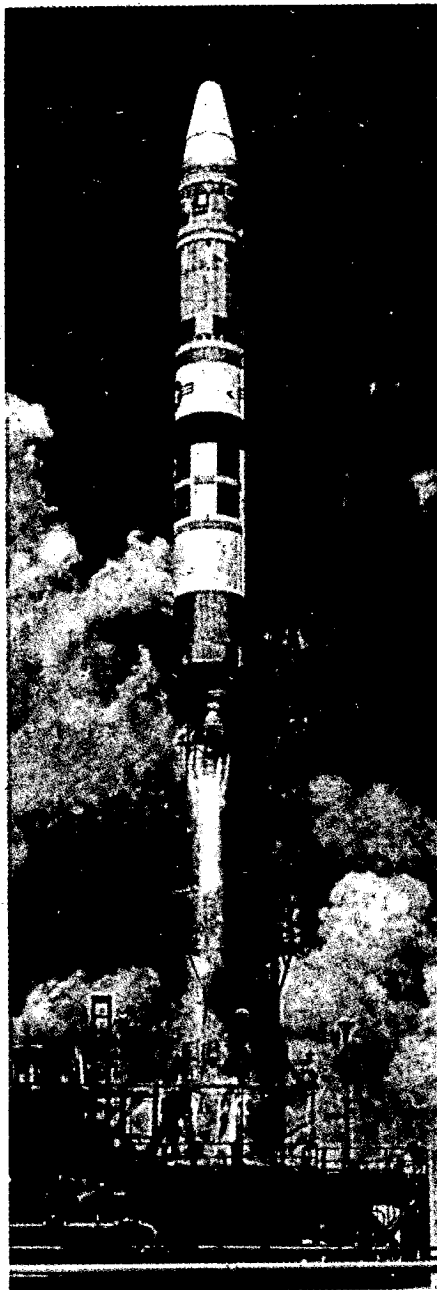
3. PAZ Y GUERRA: LOS NUEVOS DILEMAS DEL CATÓLICO "GRINGO"

Justicia y paz, como las va viendo el católico "promedio" de los E.U.A., no son, pues, dos cosas separadas. Son, más bien, como dos premisas, dos exigencias, de la vida que hemos recibido.

La historia del *Catholic Worker* ("El obrero católico") es ilustrativa a este respecto. Surgió como un vocero católico para la defensa de los obreros estadounidenses, entre quienes se hallaban dirigentes de los más conscientes, activos y combativos ... y, por ello mismo, de los más perseguidos por los patronos, la derecha y la policía. El *Catholic Worker*, asimismo, es hoy uno de los voceros más preclaros del pacifismo católico estadounidense. Pacifismo, no "pasivismo". Es decir, combatir activa, sistemática y militantemente la injusticia (y por ende la violencia), aun a riesgo de la vida y de la libertad propias, pero sin jamás ejercer violencia física sobre la persona de ningún ser humano. Una filosofía política con base evangélica, sin duda, pero realimentada por la experiencia de Gandhi y de Martin Luther King.

Una óptica semejante va ganando terreno entre los obispos católicos estadounidenses.

Pero el problema no es sencillo. Por una parte, la Iglesia Católica de los E.U.A. había tradicionalmente defendido, justificado y estimulado la participación —sin restricciones— de los católicos en el ejército de los E.U.A. El Cardenal Spellman, en particular, llegó a bendecir tropas, armas y estrategias estadounidenses en la guerra de Vietnam. ¿Cómo justificar ahora, tan pocos años después, una opción de la Iglesia por la paz? Y, por otra parte, ¿cómo continuar criticando la violencia de grupos rebeldes de los países pobres, si se continúa apoyando la violencia opresora del poderosísimo ejército del país más rico del planeta? Y, en fin, ¿cómo justificar una política pacifista ante una nación



constantemente aterrorizada por su propio gobierno con el espectro soviético?

He aquí varios de los dilemas que confrontan hoy los católicos de los E.U.A.

La solución, obviamente, no es fácil ni estará lista para el jueves próximo. Entretanto, como lo muestra el documento episcopal del 4 de Mayo, la opción por la paz —con todos sus riesgos— parece ser la que va a marcar la pastoral católica estadounidense por los últimos años de este siglo.

Algunos quisieran que la Iglesia volviera a condenar única y exclusivamente la violencia revolucionaria. Ninguna otra. Otros quisieran que esa opción por la paz vaya tan lejos como en algunas otras iglesias cristianas (en los

Cuáqueros, por ejemplo): hasta negarse enteramente, en bloque, como Iglesia, a tomar parte alguna en la fabricación, comercio o uso de cualesquiera armas de guerra.

Pero la cosa no es fácil, sin duda. Y en medio de las dificultades, empero, se perfila cada vez más nítidamente esa opción por la paz.

4. LA IGLESIA CATÓLICA ¿CONCIENCIA CRÍTICA DE LOS E.U.A.?

Un sacerdote jesuita estadounidense, el militante pacifista Daniel Berrigan, ha sostenido que los E.U.A. son "una nación moralmente subdesarrollada", precisamente por el grado de injusticia y de violencia que esa nación alberga, provoca o protege.

Es curioso que sólo Sudáfrica tenga un porcentaje de prisioneros mayor que los E.U.A. Los E.U.A. son el país de la tierra con el segundo mayor porcentaje de sus propios ciudadanos en la cárcel. Es doloroso, asimismo, que más de la mitad de los soldados estadounidenses que regresaron vivos de Vietnam estén hoy en la cárcel o en hospitales psiquiátricos. Es triste —y criminal— que el gobierno y el ejército de los E.U.A. prefieran invertir en armar a los invasores de Nicaragua que en proporcionar ayuda a este país para la alimentación y la vivienda de sus habitantes más pobres.

Una nación que alberga, provoca y protege tanta violencia e injusticia es, en efecto, "una nación moralmente subdesarrollada".

Sin embargo, luego de haber recorrido los E.U.A. de norte a sur y de este a oeste durante el año pasado, creo poder decir —también— que ésa es una nación de grandes recursos morales.

Uno de tales recursos me parece residir en el catolicismo estadounidense. Pienso que, en la medida en que la Iglesia Católica de los E.U.A. continúe asumiendo (en una óptica ecuménica, post-conciliar y liberadora) aquella opción por la paz, el catolicismo irá deviniendo el núcleo de la conciencia crítica del pueblo norteamericano.

Me parece que ello ya está sucediendo. Esperó que nos demos cuenta de ello —y de cuán vital es tal proceso para el futuro de Latinoamérica y del mundo— y que les echemos una mano solidaria a esos hermanos "gringos" para quienes la justicia es el nuevo nombre de la paz y la premisa básica de la vida.

Espero.